

## Una Gran Escritora en la Colonia

Por Antonio Gómez Restrepo

La venerable Madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara es el único escritor que el Nuevo Reino de Granada produjo durante el largo período colonial, con méritos bastantes para que su nombre deba figurar con honor, no sólo en las historias de la literatura particular del país, sino en el cuadro general de las letras castellanas.

La importancia de la Madre Castillo crece, si se tienen en cuenta las circunstancias en que se desarrolló su inteligencia. Vino al mundo en la segunda mitad del siglo XVII, cuando la literatura española había entrado en el período de franca y rápida decadencia; cuando el teatro agonizaba en manos de los imitadores decadentes de Calderón; la lírica parecía ahogada bajo el vicioso follaje del más desenfrenado gongorismo, y la literatura ascética pasaba de las “Moradas Teresianas”, y aun de la “Mística Ciudad de Dios” de la Venerable de Agreda, a pobres engendros, que más que devoción inspiran risa. La decadencia que aquejaba las letras peninsulares en aquellos tristes días trascendía a las colonias americanas, cuya literatura siempre ha reflejado, con más o menos intensidad, pero fielmente, todas las transformaciones de la española. En México y en el Perú encontramos notables ejemplos de la perversión del gusto en muy felices ingenios, y no faltan tampoco en los escasos trabajos literarios que entonces produjo el Nuevo Reino de Granada. Natural era que todos los que tuviesen afición a las letras en esos lejanos países recibiesen con supersticiosa admiración y pusiesen sobre su cabeza como modelos intachables, cuantos libros les llegaban de España en alas de la fama y la popularidad, y que se dedicasen a imitarlos como mejor podían, pero exagerando sus defectos, como siempre y fatalmente acontece. La imitación de poetas como el Góngora de “Las

---

NOTA.— Se ha cumplido el tercer centenario del natalicio de la Madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara, la admirable escritora tunjana. En homenaje a quien fuera la primera escritora colombiana, reproducimos aquí el magnífico estudio que Don Antonio Gómez Restrepo, otro grande de las letras nacionales, escribiera sobre tan eminente figura de nuestra época colonial.

Soledades” y de prosistas como Paravicino, tenía que producir una literatura enrevesada, ridícula y hueca, que aturdiría los oídos, sin decir nada a la inteligencia.

En esta época apareció la Madre Castillo. Y no nació en un gran centro intelectual, en donde su talento pudiese hallar atmósfera propicia a su desarrollo, ciencia que perfeccionase sus nativas disposiciones, y estímulo y aplauso para sus méritos de escritora. Vivió en una retirada ciudad de provincia, no falta ciertamente de timbres linajudos, pero en donde el movimiento literario y científico tenía que ser casi nulo, dadas las condiciones de la vida que sus pacíficos y honrados habitantes llevaban. Y ni siquiera se formó al aire libre de su ciudad natal, pues la mayor y mejor parte de su vida se deslizó entre los estrechos muros de un convento, y a los cuarenta y cinco años de su edad se hallaba —según su propia confesión— “ignorante de las cosas del mundo, y ni aun el estilo de hablar con los seglares sabía”. En tales condiciones, y abrumada además por largos y atroces padecimientos físicos y por horrendos tormentos morales, pobre y sin arrimo, odiada o no comprendida por sus hermanas y encerrada en su celda como en un sepulcro, tuvo energía intelectual bastante para escribir el libro de su “Vida” y el de los “Sentimientos Espirituales” en estilo que recuerda el de los áureos prosistas del siglo XVI. Tan notable fenómeno pudiera hacer dudar de la autenticidad de estas obras, si la inspección de los manuscritos autógrafos de la Madre, conservados por la solicitud de su respetable familia, “no arrancara el convencimiento al más escéptico”, según frase del sabio jurisconsulto y literato Don Miguel Tobar y Serrate, en carta dirigida en 1843 a Don Antonio del Castillo, primer editor de Sor Francisca; y si no hubiera otros muchos datos que excluyen hasta la posibilidad de un engaño o suplantación.

Los ilustrados sacerdotes Doctor José Antonio de Torres y Peña y Doctor Don Nicolás Cuervo, que en 1816 examinaron los manuscritos de la Madre Castillo, de orden de la autoridad eclesiástica, dicen en su informe al Gobernador del Arzobispado: “Parece no hay razón de dudar sobre la genuinidad de los manuscritos originales que por el espacio de casi un siglo se han reconocido por legítimos y de la misma letra de una religiosa a quien alcanzaron algunos de nuestros padres: de quien necesariamente existen firmas en el archivo de su convento y de quien no había el menor interés en suponerlos. . . Pero lo que quita toda especie de duda y de recelo es el juicio de sus confesores, hombres que se distinguieron tanto por su solidez e instrucción; que fueron tan conocidos y de quienes han quedado tan respetables y célebres memorias, en especial del Padre Diego Moya, a quien conocieron algunos de los que viven entre nosotros. Por lo que sin riesgo podemos asegurar que son estas obras, producciones genuinas de la Madre Francisca Josefa, de quien llevan el nombre”.

Al hablar de una monja escritora, acude forzosamente el recuerdo de la inmortal reformadora del Carmelo. “Teresa Granadina” llamó a la Madre Castillo uno de sus antiguos panegiristas; y nos parece admisible el calificativo, sin que implique, por supuesto, una comparación temeraria entre los méritos de las dos escritoras. “Con Santa Teresa no se puede luchar”, ha dicho, y muy bien, Doña Emilia Pardo Bazán; y

un juez de criterio tan alto y a la vez tan poco sospechoso como Don Juan Valera, decía en ocasión solemne: "Toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo, comparada con Santa Teresa". Si astros de primera magnitud quedan empañados y vencidos en presencia del sol de la Doctora avilesa, no es raro que suceda otro tanto a la modesta estrella granadina. Santa Teresa tenía iguales, maravillosas aptitudes para la vida de acción y para la contemplativa: era a la vez Marta y María; subía a las regiones más inaccesibles del éxtasis místico, y al par trazaba planes de sentido eminentemente práctico, que realizaba con habilidad exquisita y voluntad incontrastable. Había nacido para conductora de espíritus; para guía de conciencias; para reformadora de defectuosas instituciones; para cabeza de una cruzada religiosa, emprendida en la era de las grandes aventuras, con el fin de enervorizar las almas, e impulsarlas con decisión y brío a la conquista del Reino de Dios. Nadie ha hablado con más precisión y firmeza que ella, de los éxtasis y demás estados maravillosos, por que pasa el alma del místico; nadie, entre los ascéticos, la ha aventajado tampoco en sentido de la realidad ni en conocimiento del mundo y de la vida. La monja Castillo fue únicamente contemplativa, y jamás tuvo aliento para erigirse en reformadora, para imponer a otros su voluntad; antes bien, sufrió humildemente la ajena sin oponer otra protesta que el llanto a las injusticias de que a menudo fue víctima.

Un año antes de nacer la Madre Castillo, publicábase en Madrid la obra capital de otra monja célebre, la Venerable Sor María de Agreda. La "Mística Ciudad de Dios", es hoy poco leída, pero el epistolario de Sor María, publicado no há muchos años en rica edición y con un admirable estudio histórico de Don Francisco Silvela, ha presentado bajo una nueva luz a esa singular mujer, que por la profunda intuición política que en sus cartas demuestra, hubiera merecido reemplazar en los Consejos de Felipe IV a los funestos cortesanos, que perdieron la Monarquía. Es la "Mística Ciudad de Dios" una vida de la Virgen, exornada con innumerables reflexiones teológicas y morales y con todo género de expansiones devotas; pero tenía la Venerable tan desordenada afición a la prodigalidad y ornato del estilo; se complacía de tal manera en acumular y extender hasta la saciedad los más insignificantes detalles, y tenía tal deseo de encerrar en aquel libro todo el caudal de sus lecturas y meditaciones, que sus méritos de doctrina y de forma, y su misma habilidad como narradora (que tanto pondera la señora Pardo Bazán), quedan abrumados bajo la balumba de cosas inútiles. Ante los tres formidables tomos en folio (uno de ellos de mil cien páginas) que comprende la "Mística Ciudad de Dios", no podemos menos de recordar lo que Macaulay decía de una obra del Doctor Nares sobre Lord Burghley, esto es, que el título es tan largo como un prólogo; el prólogo parece un libro; y el libro encierra tanta lectura como una biblioteca. La Venerable Agreda tenía más estudios que la Madre Castillo; pero ésta, sin ser tan letrada ni tener las pretensiones de aquélla, de iluminada y profetisa, y oráculo de las gentes, acertó a mantenerse dentro de más estrechos límites; y cuesta menos esfuerzo el apreciar sus cualidades.

Cuna de la Madre Castillo fue la ciudad de Tunja, capital del Departamento de Boyacá. “Yace la ciudad de Tunja —escribió en el siglo antepasado Don Francisco Domínguez Urrego Labeitia, Teniente Coronel del ejército español y sobrino político de la Madre Castillo—, en el Nuevo Reino de Granada en 4 grados de latitud septentrional, casi al norte de la de Santa Fe, 22 leguas de ella. Fundóla Gonzalo Suárez Rendón en 6 de agosto de 1539, en el mismo sitio donde tenía su corte el famoso cacique que le dio nombre. El año de 1541 le despachó el Rey título de ciudad y armas que son la de Castilla y León, abrazando los cuatro escudos un águila de dos cabezas, coronadas de oro, con el toisón pendiente de las alas, y una granada en un triángulo debajo de los cuarteles. Pobláronla los principales conquistadores, llegó a tener setenta Encomenderos de indios, con cuyas crecidas rentas se mantenían otras tantas familias nobles. Con este ingreso y el de su comercio de frutos y manufacturas propias, creció en opulencia y vecindario. Tiene tres parroquias... Sus edificios son de muy buena fábrica y ostentación, con buenas portadas en las casas y muchos escudos de armas en ellas. Se comprenden en su distrito varias ciudades y villas, muchas parroquias de españoles y pueblos de indios. Por esto llegó a ser su corregimiento, empleo de los más apetecibles y buscados, a nombramiento de S. M.”.

En esta ciudad vino al mundo Francisca Josefa del Castillo, en el mes de octubre de 1671. Fueron sus padres el Licenciado Don Francisco Ventura de Castillo y Toledo, natural de la villa de Illescas de Toledo, y Doña María de Guevara Niño y Rojas, de la ciudad de Tunja. Por ambas líneas era nuestra escritora de noble prosapia. Don Francisco —según consta en el Nobiliario de Juan Flórez de Ocariz— estaba emparentado con gentes de mucho valer y que habían prestado servicios a la Corona; y su esposa contaba entre sus ascendientes a Don Martín de Rojas, “de la ilustre y antiquísima casa de los Marqueses de Poza”. Eran los dos cónyuges cristianos viejos, de fe viva y práctica, de ejemplares costumbres, y llevaban una existencia verdaderamente patriarcal. Del ambiente piadoso que en aquella casa se respiraba, puede formarse idea con saber que habiendo tenido Don Francisco nueve hijos, cinco de ellos, tres hombres y dos mujeres, dejaron el mundo y entraron en religión, y que muerto él, su viuda pasó sus últimos días en el claustro. El nacimiento de Francisca estuvo a punto de costar la vida a su madre.

Era la niña tan endeble y enfermiza que nadie pensaba que pudiera criarse; y a esta especial complexión suya quizá puede atribuírsele en parte la profunda melancolía que desde su más tierna edad fue uno de los rasgos distintivos de su carácter. “Decían —son palabras suyas— que cuando apenas podía andar, me escondía a llorar lágrimas como pudiera una persona de razón o como si supiera los males en que había de caer. Tuve siempre una grande y como natural inclinación al retiro y soledad; tanto, que desde que me puedo acordar, siempre huía la conversación y compañía”. Esta tendencia ascética halló favorable ocasión de desarrollarse con el género de educación que Francisca recibió en la casa paterna. Las familias cristianas e hidalgas de la Colonia llevaban una vida de paz y quietud completas: las doncellas dividían el

tiempo entre las prácticas piadosas y las labores domésticas, y a su retiro no llegaban sino por excepción el ruido de alguna fiesta mundana. Doña María de Guevara leía frecuentemente a sus hijos los libros de Santa Teresa, y esta lectura, nunca olvidada por nuestra monja, la encendía en deseos de seguir la regla trazada por la Santa en el tratado de las "Fundaciones". Su infantil imaginación se sentía abrumada, sobre todo con la idea de las penas del infierno: turbaban su sueño horribles visiones de condenados, y resonaba en sus oídos, como grito de alerta, la desconsoladora frase: "erramos el camino de la verdad". La que a los nueve años vivía en este estado de excitación interior y de actividad intelectual, estaba condenada de antemano a recorrer en su vida senda de espinas, agobiada bajo la cruz de su excepcional temperamento.

Aquí encontramos en la biografía de la Madre Castillo un episodio que recuerda otro análogo de la vida de Santa Teresa. "Así llegué —dice aquélla— a los ocho o nueve años, en que entró en casa de mis padres el entretenimiento o peste de las almas con los libros de comedias, y luego mi mal natural se inclinó a ellos, de modo que sin que nadie me enseñara aprendí a leer, porque a mi madre le había dado una enfermedad que duró dos o tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme y me había dejado sólo conociendo las letras. Yo, pues, llevada de aquel vano y dañoso entretenimiento, pasaba en él muchos ratos y bebía aquel veneno, con el engaño de pensar que no era pecado; y así debe de ser en naturales que no son como el mío, que no sacarán de todo males y culpas". Al calor de estas lecturas, se encendió en su alma una fugaz chispa de vanidad mundana. "Ya no trataba de otras cosas que de cuidar el cabello, andar bien aderezada, aunque sin intención de cosa particular, sino sólo con aquella vanidad y estimación de mí misma que me parecía todo el mundo poco para mí; a que ayudaban las vanas alabanzas y adulaciones". ¿Quién al leer esta sencilla confesión, no recuerda aquellas páginas en que Santa Teresa refiere cómo su madre se había aficionado a leer libros de caballerías, sin duda para "no pensar en grandes trabajos que tenía", y añade: "Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos... y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embecía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien con mucho cuidado de manos y de cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener; que eran hartas por ser muy curiosa. Ahora veo cuán malo debía ser".

Es lástima que no sepamos qué género de comedias cayeron en manos de nuestra heroína: natural es que fuesen las de aquellos discípulos decadentes de Calderón que mayor fama tenían en España. De todos modos, es preciso admirar que siendo estas obras de las poquísimas que en su vida llegó a leer la Madre Castillo, no ejerciesen nociva influencia sobre su gusto; tanto más cuanto parecía lógico que la hinchada pompa y la brillantez barroca del culteranismo sedujesen la imaginación inexperta y viva de la hija de los trópicos. Prueba evidente de la bondad y rectitud nativa de su talento.

Aunque tanto Francisca como Teresa de Jesús vivían en casas recogidas y cerradas a toda vanidad mundanal, no dejó de llegar hasta ellas la tentación del amor, que traspasa muros de bronce y burla la vigilancia de los más celosos guardianes. La fortaleza cerrada a los extraños se abría confiadamente a deudos íntimos, entre los cuales no faltaba gente moza y galante. La Madre Castillo nos da sobre este punto más detalles que la escritora abulense, la cual sólo alude de una manera vaga a coloquios amorosos y “pasatiempos de buena conversación” con una persona de su familia, añadiendo que “el trato era con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien”. La Madre Castillo cuenta más detalladamente las pretensiones de su deudo, que le ofrecía acudir a Roma para obtener la dispensa del parentesco, y la halagaba con dulces palabras y frecuentes misivas amorosas. Las frases de miel no sonaban mal en el corazón de la futura religiosa; pero los respectivos padres pusieron fin al naciente idilio, el uno llevando a Teresa a un convento para que pasase unos cuantos meses de retiro; y el padre de Francisca, cerrando la puerta de su casa al obsequioso galán. Apartada la tentación, el arrepentimiento más vivo se apoderó de las dos inocentes Magdalenas, que luégo no se dieron punto de reposo, para expirar el que ellas juzgaban espantoso pecado. Las almas privilegiadas llevan a las cuestiones espirituales un criterio de profunda humildad, y al aplicarlo, juzgan como dón altísimo de la misericordia divina cosas que los demás hombres apenas creen que merezcan ser agradecidas; y elevan a la categoría de pecados dignos de castigo eterno lo que no pasa de ser levísima imperfección para el resto de la humanidad. Francisca llegó a cobrar a su antiguo requestador “un grande horror y a mirarlo como una sombra de muerte”; depuso las galas con que adornara su hermosura, y en cambio, ciñó su cuerpo con cilicios y cadenas de hierro “hasta que sobre ellas crecía la carne”; dormía vestida sobre una tabla; se azotaba duramente y dedicaba largas horas a la oración. Renovóse entonces su amor al aislamiento. Estando en una hacienda de campo, “salíame —dice— a los ríos y soledades a llorar”, e iba “a una cuevecita secreta que hallé en unos altos cerca de la casa. Allí puse una imagen de Nuestro Señor Crucificado, a quien procuraba traer siempre en mi memoria, y algunos libros de oración y enseñanza”.

Dice Rousselot en su estudio sobre Santa Teresa, que es rasgo muy simpático del carácter de la extática doctora, el que en medio de la vida penitente y casi sobrenatural que llevaba, no se restañase en su corazón la vena del sentimiento femenino ni se agotasen sus nativas afecciones. Y con este propósito, cita, entre otros, aquel pasaje en que refiriendo la Santa su entrada en religión escribe: “Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí”. La Madre Castillo fue también de ternísimo corazón, como que tuvo desde su niñez “el dón de lágrimas”, que por tanto tiempo faltó a Santa Teresa, según su propia confesión. Cuando desengañada del mundo quiso Francisca hacerse monja, aviváronse sus afectos de familia y “venían —escribe— como olas sobre mi corazón que lo quebrantaban y aturdíán, y se avivó en mí tánto el a-

mor a mis padres y hermanos, que hasta las piedras de la casa me detenían como unos fuertes lazos y cadenas". No son menos patéticas las frases en que pinta la salida de su casa para el convento: "Fue grande el sentimiento de mi naturaleza... y la noche antes, recogida en mi aposento, me acuerdo que le pedí con cuanto afecto pude a Nuestro Señor Crucificado, no permitiera que otra cosa que su puro amor me hiciera hacer una acción tan dificultosa. A la mañana, tomando una imagen del Niño Jesús, entré al cuarto de mis padres. Las palabras que me dijeron, la ternura con que me miraron sin saber lo que yo intentaba, y el sentimiento que tuvo mi corazón al volverles las espaldas, sólo Nuestro Señor lo sabe. Yo salí como quien se arranca las entrañas y vine con la repugnancia que si viniera a un suplicio".

Pensaba la devota niña que con este sacrificio compraba el reposo del alma. Pero fue en busca de paz y halló ruda contradicción. A juzgar por su relato en que el amor a la verdad se sobrepone a sus caritativos deseos de ocultar o atenuar por lo menos las imperfecciones ajenas, el monasterio en que se refugió estaba bien necesitado de reformas. Había demasiada comunicación con el mundo, y faltaba el espíritu de hermandad, tan necesario entre gentes obligadas por el voto a vivir juntas, para acallar la envidia, la malevolencia, el mal humor y hacer llevaderas las flaquezas y debilidades del prójimo. Estallaba a menudo la discordia en el seno de la pequeña grey, y la atizaban las seglares. Claro está que la cosa no pasaba de ser tempestad en un caso de agua, provocada por la irritabilidad morbosa del carácter de alguna de aquellas voluntarias reclusas. Era, además, muy pobre la comunidad, y cada religiosa tenía que proporcionarse su celda y vivir como pudiera. Convendrían perfectamente a nuestra novicia estas prudentes palabras de Santa Teresa: "Es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos que ni saben cómo se valer ni remediar".

El nivel intelectual de las religiosas clarisas a quienes pidió asilo Francisca, debía de ser muy poco elevado y su devoción no pasaría probablemente de los límites de lo rutinario y vulgar. El hecho es que nunca llegaron a comprender a su privilegiada compañera, y en vez de rendirle el homenaje del acatamiento y amor que merecía como gloria la más alta de aquel claustro, mirábanla con recelosa desconfianza, huían de ella como de un ser atacado de mortífera peste. La imprevisora niña que había dejado bruscamente su casa, causando profundo disgusto a sus padres y que se presentó en el convento sin llevar nada más que su persona, halló poco hospitalaria acogida y difícilmente encontró una monja compasiva que se allanase a ofrecerle un rincón en su celda para pasar los primeros días; a tanto llegaron su congoja interior y los disgustos que le venían de fuera, que le parecía "estar en el infierno o en una cárcel de la Inquisición", y pensaba que "buscando la vida había hallado la muerte". A poco falleció su padre; y su madre "se volvió ciega de llorar". Quedó Francisca en tal abandono que algunas veces se "veía obligada a comer flores"; y para agravar su estado acometióla un recio mal de corazón. Pero a todo se sobrepuso su firme deseo de servir a Dios, y a los dos años de estar co-

mo postulante en el convento, recibió el velo de novicia. Tenía entonces veinte años.

Su época de noviciado se distinguió por grandes penas interiores. “Llovían sobre mí como lanzas los pensamientos de aflicción y desconsuelo; la soledad era un infierno; buscar alivio en ninguna criatura, ni lo admitía ya mi corazón, ni ellas me daban lugar. No me osaba acordar de las cosas con que Nuestro Señor me había consolado, porque decía entre mí: ¡Ay desdichada! En estas ilusiones has venido a parar por no haber andado rectamente delante de Dios. Ponderábanse mis trabajos; acordábanse mis pecados, tántos y tales; dudaba de la intención de mis obras; creía lo que decían de mí, que estaba endemoniada; quería remediar estos males y no sabía cómo; clamaba a Nuestro Señor y todo se volvía azote y castigo”. En medio de estas arideces, buscaba enseñanzas en los libros sagrados. Cómo pudo leerlos y cómo llegó a penetrar su recóndito sentido de la manera prodigiosa que demuestran los “Sentimientos Espirituales”, es fenómeno que nos llena de admiración. La autora dice sobre esto con su encantadora sencillez: “Me hizo Nuestro Señor el beneficio de que entendiera el latín como si lo hubiera estudiado, aunque ni aun lo sabía leer bien; mas eran tan a medida de las aflicciones y desconsuelos que padecía, las cosas que entendía en los salmos y las imprimían tan dentro de mi alma, que no podía cerrar los oídos a ellas, aunque quisiera”. Y en uno de los “sentimientos”, en que supone la Madre que le habla el Señor, leemos: “Yo te dí inteligencia de una lengua no conocida, y más, te abrí el sentido para entender las misteriosas y profundísimas palabras tuyas, pronunciadas de mi espíritu vivífico”. Bien puede aceptarse esta piadosa explicación, que está por lo demás de acuerdo con lo que enseña San Juan de la Cruz cuando dice: “Acaecerá que estando la persona harto descuidada y remota, se le pondrá en el espíritu la inteligencia viva de lo que oye o lee, mucho más clara que la palabra suena; y a veces aunque no entiende las palabras si son de latín y no lo sabe, se le representa la noticia dellas”. Quién puede desconocer que tiene razón el sublime Fray Juan de los Angeles cuando afirma que el Señor, si le place, enseña al alma “más en una hora que saben en muchos años los que frecuentan y siguen las escuelas, por mucho que trabajen en sus estudios?”. Si prescindimos de la explicación sobrenatural siempre tendremos que reconocer un milagro de inteligencia de la monja que supo aprovechar los escasos elementos que dentro del monasterio podía hallar para el aprendizaje de la lengua de los Libros Santos, y con el aguijón del deseo, llegó en poco tiempo a dominarla. Lo que es un hecho indiscutible es que la Madre Castillo tuvo un conocimiento de la Vulgata latina, que ya quisieran para sí muchos que por razones de su estado la hojean a diario: la Biblia llegó a ser no una de sus obras predilectas sino su libro único y por excelencia; libro que iluminó su razón, dirigió su voluntad, puso en actividad sus facultades de escritora y formó su estilo, enriqueciéndolo con inmenso caudal de expresiones, símiles e imágenes, hasta el punto de que bien puede decirse que la Madre Castillo no hablaba otra lengua que la bíblica. Los “Sentimientos Espirituales” son como un cintillo de perlas de varios colores, sacadas de las profundidades de la Escritura y en que aparecen mezcladas las de espléndido

matiz de rosa que esmaltan el "Cantar de los Cantares", con las de negro oriente que centellean entre la misteriosa oscuridad del "Apocalipsis". Si Rousselot cita entre las circunstancias dignas de mención en la vida de Santa Teresa la de que a los siete años sabía leer, por ser cosa poco frecuente en España en aquella época, no es mucho que reclamemos alguna atención para el hecho de ser a los veinte años la Madre Castillo insigne concedora de la Vulgata latina y escritora mística con ideas y estilo propios, en un convento en donde el saber formar las letras era arte desconocido de las novicias, según de un pasaje de la "Vida" se infiere.

La humildad, que era una de las mayores virtudes de la tímida novicia, hubiera quizá dejado en la inacción sus facultades intelectuales, por no creerse llamada ella a tan altas especulaciones, sin la oportuna intervención del Padre Francisco Herrera, a quien por esto sólo deben gratitud las letras colombianas. El Padre Herrera, que fue por algún tiempo confesor de Francisca, pudo conocer, en las intimidades del tribunal de la penitencia, que se las había con un alma singularmente dotada, y como hombre discreto le ordenó que pusiese por escrito los sentimientos que el Señor la inspiraba. Francisca sintió "grande pena y vergüenza por ello", pero al cabo obedeció. Y roto el dique del temor, dio libre rienda a su afición, que además le servía de consuelo en su aislamiento interior, y no dejó ociosa la pluma en ninguna época de su larga vida. Alguna vez turbaron su sueño sordas inquietudes acerca de la bondad de la obra que cumplía; turbación pasajera, muy pronto disipada ante la convicción íntima de que en aquello andaba la mano de Dios.

Cumplieron los dos años de noviciado, pero Francisca no se resolvía a profesar. Semejante vacilación no provenía de que la joven quisiera volver al mundo, que ya ningún encanto le inspiraba, sino de que sentía grandes deseos de seguir religión más perfecta. Santa Teresa ejercía sobre su espíritu singular atractivo, y a su inmortal reforma tributa Francisca un expresivo homenaje en estas palabras: "Mi deseo era ser carmelita, porque como Santa Teresa dejó sus conventos, me parecía que allí no había más que entrar y morir a todo y vivir para Dios unidas en caridad". Pero estaba dispuesto que Francisca no había de volver a traspasar nunca los umbrales del convento de Santa Clara. Por lo mismo que su espíritu estaba tan acorde con el de la sublime mujer que sólo pedía sufrir o morir, comprendió que su puesto de honor estaba allí donde la aguardasen mayores aflicciones; y cuando sus parientes se presentaron a sacarla con amorosa instancia, ella corrió a la iglesia, se postró delante de Jesús crucificado y, "viendo sus pies clavados y sus rodillas llenas de cardenales", exclamó con toda el alma: "Por vos, Señor mío, y por lo que por mí padecisteis; por esos cardenales y llagas, quiero entrar en esta clausura por todo el tiempo de mi vida". E hizo al fin sus votos "con gran consuelo y alegría". ¿No es verdad que produce simpática emoción el relato de este sacrificio, que no es el de la oveja que va obediente al matadero porque ignora la suerte que la aguarda, sino el del sér consciente y sensible, que acepta el dolor como medio de purificación espiritual, pero no sin que se estremezca la carne rebelde y flaca?

Resuelto así de manera irrevocable el problema de su suerte terrenal, consagróse Sor Francisca a buscar a Dios con mayor ahinco que nunca. Habitaba una celda que tenía una pequeña tribuna con vista a la iglesia, y desde aquel aislado observatorio trataba de sondear con ávidos ojos las profundidades del cielo de la contemplación. Por temor a la turbación que le traían las criaturas, esquivaba su trato y “temía tanto el abrir la celda ni pedir nada”, que en cierta ocasión en que deseaba escribir a su confesor para contarle sus tristezas, se puso “a llorar sobre el tintero porque estaba seco... y más quise mojarlo con mis lágrimas y escribir con ellas, que no dar lugar a que entraran”. Sus primeros pasos en la vida mística fueron recelosos: atábala el miedo, tan común en las almas piadosas de aquella época, de ser víctima de una funesta ilusión o engaño infernal, si abandonaba el terreno de la devoción ordinaria para tocar a las puertas de lo sobrenatural. Y acababan de arredrarla sus compañeras, que la tenían por fingidora, y un nuevo confesor, que no la comprendía. Así es que procuró aplicarse a todo lo que fuera “temer y recelar”. Y añade: “Tanto debí de cavar en esto que ya mi alma se acostumbó a estar en su prisión como los pájaros que aunque los suelte su dueño, suelen volver a la jaula”. De este modo pasó los años durante los cuales, su voluntad, si no se lanzaba a atrevidas empresas, tampoco se entregó a un malsano sopor, asemejándose a armado centinela, que vigila su propio campo, pero no se arroja a la conquista de los reductos enemigos. Como no la inquietaban las zozobras de la lucha, podía saborear plenamente las delicias espirituales, y así dice: “Yo no hacía nada; todo era recibir y muchas veces me acordaba de aquellas palabras: «venid y comprad sin plata ni otra conmutación, vino, leche y miel». Parecíanme todas las cosas de esta vida un sueño”. Para alma menos valerosa que la suya, semejante estado hubiera sido el colmo de las aspiraciones y una anticipación del Paraíso. Pero aquella ave del Cielo, sólo momentáneamente podía acomodarse a la estrecha seguridad de su jaula. Las mercedes que Dios le hacía le eran ocasión de dolor, porque le daban “tanto deseo de hacer y padecer por El, «que se afligía de verse consolada». Y al cabo, rompiendo los lazos del temor, se lanzó en busca de su Divino Esposo, entrando resuelta en la “noche oscura del alma”, que con tan sublime estilo nos pintó San Juan de la Cruz.

La seguiremos en el desarrollo de su vida interior, tratando de concordar los datos que ofrece la autobiografía con los que contienen los “Sentimientos Espirituales”, que son verdaderas confesiones, y fijando el carácter del misticismo de la Venerable Madre. De los sucesos externos que en esta parte de la “Vida” se relatan, casi se puede prescindir por ser de interés muy secundario. La Madre Castillo indica los cargos que le tocó ir desempeñando, desde portera y sacristana y enfermera hasta maestra de novicias; nos habla de los confesores, que tuvo, algunos de los cuales, por ceguedad o estrechez de miras, la juzgaron poco menos que enajenada; al paso que otros la animaban en su difícil camino; cuenta las elecciones de abadesa (sin precisar fechas según su costumbre), acontecimiento de mucha trascendencia dentro de la uniformidad de la vida conventual, y da cuenta por último de las turbaciones y marejadas que se levantaban con frecuencia en la comu-

nidad por causas mínimas, y casi siempre iban a conmover la roca de su paciencia. Con este relato de carácter demasiado trivial y casero se mezcla la pintura de algunas visiones, ya de gloria, ya de infierno. En todo esto hay rasgos que completan el retrato moral de la autora o que tienen interés por otros conceptos, y les daremos cabida en estas páginas. Por ahora trataremos de sorprender las intimidades psíquicas de la Madre Castillo en las sencillas confidencias que día por día entregaba al papel en el retiro y desnudez de su celda. "Algunas páginas de los "Sentimientos Espirituales" —dice el historiador Groot— están escritas en el reverso en blanco de cartas y de apuntes de la despensa del convento, porque sin duda se hallaría escasa de papel algunas veces: esto mismo es una prueba de la autenticidad de los escritos".

Cuantos han estudiado el misticismo español notan en él un carácter predominante psicológico, debido sin duda a peculiares condiciones de la raza que lo produjo. Nuestros místicos reconocen que el itinerario de la mente de Dios puede recorrerse siguiendo las huellas que la Divinidad ha dejado en la infinita y espléndida variedad de fenómenos del mundo exterior; pero prefieren cerrar los ojos de la carne al espectáculo de la naturaleza y los oídos a las voces de los hombres, para concentrarse dentro de sí mismos en tácita contemplación. Fray Luis de Granada aconseja en estos términos al cristiano: "Enciérrese dentro de sí mismo y more dentro de sí, porque aquí hallará a Dios, el cual aunque está generalmente en todas las cosas, señaladamente está en lo íntimo del ánima racional, porque en ella mora El como su propia imagen y figura". Santa Teresa compara el alma con un "castillo todo de un diamante", en que hay muchas moradas, y en la mitad está "la más principal, que es a donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma"; y excita a sus hijas a que entren en el castillo por la puerta de la "oración y consideración", y no imiten aquellas almas que están en la ronda de él "y no se les da nada de entrar dentro". San Juan de la Cruz afirma con enérgica frase: "Centro del alma Dios es"; concepto que explana Fray Juan de los Angeles en términos tan magníficos, que no resistimos al deseo de transcribir como muestra del arte con que nuestros ascéticos sabían expresar hermosamente las más altas ideas: "El íntimo del alma es la simplicísima esencia della, sellada con la imagen de Dios... Aquí hay suma tranquilidad y sumo silencio, porque nunca llega a este centro ninguna representación de cosa criada, y según él, somos deiformes o divinos o tan semejantes a Dios que nos llama la sabiduría dioses. Este íntimo desnudo, raso y sin figuras, está elevado sobre todas las cosas criadas y sobre todos los sentidos y fuerzas del ánima y excede al tiempo y al lugar y aquí permanece el alma en una perpetua unión y allagamiento a Dios, principio suyo... Aquí mana una fuente de agua viva que da saltos por la vida eterna". La Madre Castillo, fiel a la tendencia de los místicos de su raza, apenas quiso elevarse a mayor perfección sintió irresistible impulso de desaire de toda contemplación exterior y de encerrarse en lo íntimo del alma: "Anima mía —exclama—, si quieres ser como el Justo, discurre por todas las cosas que no son Dios, como la centella por el cañaveral, deshaciéndolas, para que así puedas edificar para ti soledades... pues está entre ti el reino de Dios tu Padre". Y en otro lugar escribe: "Si fueres como el

gusano entrando al corazón de la yedra por la consideración, en breve espacio caerá seca la vanidad e inconstancia de la vida. Entonces te asentarás entre los príncipes, cuando edificares en la soledad tu sepulcro y él será glorioso”.

Este “sepulcro” de que nos habla la Madre es el íntimo centro del alma en donde el hombre se encierra para recibir los toques de Dios. ¿Por qué le aplica tal calificativo? El siguiente pasaje de Fray Luis de Granada nos dará la explicación: “Así como naturalmente hablando no puede haber generación sin que preceda corrupción (pues no nace el gusano de trigo si primero no se corrompe), así no puede hacerse el hombre divino si primero no deja de ser humano, que es dejando (en cuanto sea posible) las flaquezas e imperfecciones del hombre... En esta alquimia espiritual pretendemos hacer de la tierra, cielo; de la carne, espíritu, y del hombre, Dios: necesariamente habemos de destruir primero el un extremo, porque pueda suceder el otro”. Dios —enseñan los místicos— existe sustancialmente en toda alma, aunque sea la de la criatura más envilecida; y si de ellas se retirase, serían inmediatamente aniquiladas; pero a pesar de esta constante asistencia de la Divinidad, pocas son las que llegan a transformarse en Dios, porque a la mayor parte, sirven de invencible obstáculo las imperfecciones de la naturaleza. El rayo de sol, dando en una vidriera sin mácula, la esclarecerá y transformará de manera que será luz por participación; pero si el cristal está cubierto de manchas o nublado de vapores, sólo muy débilmente recibirá la influencia transformante del rayo luminoso. Quien desee llegar a la unión divina debe empezar por disponer el propio ser para tan sumo objeto, empleando el hierro y el fuego a fin de destruir las raíces tenaces de las inclinaciones pecaminosas. Así morirá el hombre viejo, la oruga inmunda, y de su sepulcro saldrá la mariposa cuyas alas brillan al fulgor de la divina gracia.

Nadie ha pintado mejor el difícil y doloroso tránsito de la vida de los sentidos a la de total renunciación del mundo y perfección sobrenatural, que San Juan de la Cruz en sus divinos libros “Subida del Monte Carmelo”, “Noche oscura del alma”, “Llama de amor viva”, expresión la más alta, rigurosa y sistemática del misticismo español y quizá de todo el misticismo ortodoxo. El nos enseña cómo el primer embestimiento de Dios en lo íntimo del alma no deja en ella dulzuras epitalámicas ni la adormece en el reposo del amor satisfecho; antes bien la sumerge en “horrenda noche de contemplación”. El nos explica cómo siendo Dios luz indeficiente, es noche oscura y penosa para el alma, recordando que el sol material llena de tinieblas los ojos del ave nocturna, y en vez de alegrar, hiere con acerbos dolores la pupila enferma. El alma, finita por naturaleza, acostumbrada a las lobregueces del pecado, no puede resistir la presencia de la suprema lumbre, y queda ofuscada, ciega, privada casi de su natural inteligencia, y a la par, sus miserias, sometidas a la acción del rayo divino, producenle tan atroz sufrimiento como la carne viva y expuesta a la influencia del aire. El nos muestra cómo se apoderan entonces del espíritu dos anhelos que lo conmueven con increíble violencia y llegan a producir traspasos y descoyuntamientos en el cuerpo: primero, el de arrojar de sí todo sentimiento de culpa y borrar las huellas que en los sentidos y potencias ha

dejado el paso de la serpiente tentadora; segundo, el de hacer “presa en el Amado”, pues aunque sólo ha podido vislumbrar “ciertos visos entreoscuros de su divina hermosura”, siente que su amor lo “inflama y estimula y maravillosamente lo atiza”, y que está “herida el alma viva y agudamente, en fuerte amor divino”. Respecto de las criaturas, se encuentra “con sentido muy interior y temple de peregrinación y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que lo solían ser”.

Este duro período de prueba es más o menos largo según el grado de amor que Dios quiera conceder luégo a sus elegidos, y el santo Doctor asegura que “si ha de ser algo de veras, dura algunos años”. Y ciertamente por avezado que esté el cristiano a la lucha y sufrimiento interior, no puede realizar en breve plazo, de manera perfecta, la formidable cura espiritual, cuyo método expone detalladamente el Santo, y que empezando en los sentidos externos, los fuerza a privarse del gusto del apetito en todas las cosas, por mínimas que sean, prefiriendo a lo sabroso, lo desabrido; al consuelo, el padecer; al descanso, el trabajo; a lo más, lo menos; a lo más alto y precioso, lo más bajo y despreciado; al querer algo, el no querer nada; hasta que el alma quede libre y vacía y en todo desnuda de todo apetito terrenal. Luego, “estando ya la casa sosegada”, por la purgación del sentido, debe el místico pasar adelante y entrar en la segunda noche espiritual, más tenebrosa que la primera, y en la cual, la Fe hace vacío y oscuridad en el entendimiento; la esperanza en la memoria y la Caridad en la voluntad. No se trata de desnudar al alma de las aprehensiones naturales de los objetos exteriores; ahora es forzoso que ande “desapropiada y aniquilada de todo lo que es espíritu”; que se purgue el entendimiento llevándolo a la nesecencia de todas las cosas criadas y obligándolo a que rehuse hasta las comunicaciones que puedan llegarle por vía sobrenatural, siempre que digan relación a algo corpóreo o sensible, para que nada le impida fijarse con sencilla vista en la suma verdad; que se purifique la memoria “sacándola de sus quicios y límites naturales y subiéndola sobre sí, esto es, sobre toda noticia distinta y posesión aprehensible”, porque ninguna de las formas que dicha potencia pueda guardar tiene proporción con Dios ni sirve de medio próximo para unirse con él; y que correlativamente con el entendimiento y la memoria, se perfeccione la voluntad en orden a la Caridad, “que es la tercera virtud por la cual las obras hechas en fe son vivas y tienen gran valor y sin ella no valen nada”. Cuatro pasiones mueven la voluntad: gozo, esperanza, dolor y temor. El espiritual debe ponerlas “en obra de razón en orden a Dios, de manera que el alma no se goce sino de lo que es puramente honra y gloria de Dios, ni tenga esperanza de otra cosa, ni se duela sino de lo que a esto tocare, ni ame sino sólo a Dios”. “Así se llega a una especie de muerte y aniquilación temporal” en que “los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados sin poder gustar sabrosamente de cosa ni divina ni humana; las aficciones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover a ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada, el entendimiento entenebrecido, y de aquí también la voluntad seca y aprestada y todas las potencias vacías, y sobre todo esto, una espesa y

pesada nube sobre el alma". Y a medida que la purificación es más perfecta; que el madero bajo la acción del fuego divino, va perdiendo todos los accidentes "feos y oscuros" y se inflama y transforma, y llega a ser tan hermoso como el fuego mismo, el alma asciende en la escala del amor de Dios; y apetece y codicia a su Amado vehementemente y corre en pos de El como el ciervo que busca la fuente de agua viva, y se atreve a todo, sin que el juicio la retenga, ni el consejo la intimide, ni la vergüenza la enfrene. En fin, cuando ya falta todo lo natural al alma enamorada, se verifica la unión con lo divino, porque "Dios no deja vacío sin llenar". Este matrimonio espiritual es "transformación total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha divina, y Dios por participación". Entonces "las profundas cavernas del sentido", esto es, entendimiento, memoria y voluntad, "que no se llenan menos que con lo infinito", descansan y gozan satisfechas, y en medio de aquella "inmensa tranquilidad", el alma siente la respiración de Dios.

La admirable doctrina que acabamos de entresacar de los libros del príncipe de los místicos, nos da la clave de los sufrimientos morales y perturbaciones físicas que la Madre Castillo nos refiere en su "Vida", y que difícilmente son comprensibles para quien no ha salido de la senda apacible y llana de la devoción ordinaria. Como Dios quería elevarla a alísimos grado de perfección, era natural que por largo tiempo fuese acrisolada en "fuego amoroso, tenebroso y espiritual". Con admirable y patética elocuencia nos pinta la escritora granadina cómo Dios le dio "un modo de presencia suya", que le fue terrible como la muerte: "Pasada la Semana Santa, que esto fue una cuaresma, empezaron a caer sobre mi alma unas nubes como de plomo. Cada viernes de Espíritu Santo, sobre la nube y apretura que ya tenía, caía otra, y así se fueron doblando, y conforme crecía la pena, crecía y se avivaba el conocimiento de la majestad de Dios; yo no sé cómo era: sólo pienso será a ese modo la pena de daño de los condenados. Llegué a cobrarme un horror tan grande, que me era grave tormento el estar conmigo misma. Me faltó del todo el sueño, y cada instante se me hacía una eternidad... Todo el día y la noche traía un temblor y pavor que no se puede decir cómo era. Parecíame que era inmortal y que jamás tendría fin mi tormento, ni habría para mí muerte, sino aquella muerte inmortal que estaba viviendo. Me iba alejando y entrando en una región de horror sempiterno. Todas las cosas que miraba estaban muertas y llenas de pavor".

¡Qué hermosa comprobación ofrecen estas palabras de la exposición doctrinal de San Juan de la Cruz! Cómo demuestran la justicia con que él afirma que cuando Dios embiste "con alguna fuerza" en el espíritu, de tal manera pena éste en su flaqueza, que casi desflorece, y "así como si estuviera debajo de alguna inmensa y oscura carga, está agnizando tanto que tomaría por partido y alivio el morir".

Ya se ha visto cómo, según el santo carmelita, al recibir el alma la acometida de la Divinidad, se siente traspasada por un deseo ardentísimo de unirse con la Suprema Hermosura, cuyos velados resplandores ha entrevisto; y herida a la par por un sentimiento de dolor y vergüenza al verse presa entre los asquerosos lazos de sus imperfec-

ciones. Con no menos valentía expone la Madre Castillo este doble tormento: "Tenía un conocimiento sobre lo que se puede entender y más sobre mi corta capacidad, de aquel Bien Sumo, y con tanta propensión de alma a ir a El, que me parece bastará a acabar cualquiera vida; mas era detenida y arrojada en espesísimas y aborrecibles sombras y tinieblas. Aquella fuerza poderosa me traía a sí, arrancándome las entrañas y el alma; y yo no podía caminar a mi centro, ni salir de mi espantoso sepulcro. Conocía una Majestad infinita, digna de infinito amor, y los ojos de mi alma enfermaban y descaecían por mi pobreza: veía claro que todas las cosas criadas, comparadas con el Criador, son un poquito de polvo despreciable; mas este conocimiento y estos afectos que en las almas santas son toda su paz y descanso, porque reducidos a su nada, se anegan en aquel mar inmenso de infinito bien, en mí eran como una espada cortadora de dos filos, que dividía al alma de su alma y me hallaba a mí misma contraria a aquel Bien único y sumo; y a mí me veía como a uno de los dañados, siendo tan mortal tormento habitar conmigo misma, como si estuviera en las cavernas más profundas del infierno; y aun aquellas tenebrosas moradas me parece me fueran refugio, si allá me escondiera el Señor, hasta que pasara su justo enojo".

El alma poética y ardiente de la Madre Castillo se complace en ensalzar el poder del amor, "que es fuerte como la muerte", y describir los efectos que produce en las almas que somete a su imperio: "Condición del amor verdadero es anhelar siempre a la presencia y unión del amado, como las cosas a su centro, que fuera de él están violentas y no pueden tener reposo... El amor no deja al amante ser nada suyo, sino todo de aquél a quien ama; si diere toda la sustancia de su cuerpo y alma por el amor, como nada lo reputará... El alma vive más donde ama que donde anima: la memoria amada y buscada sólo es la de su amado, que le trae señas o recuerdos de él; el entendimiento le busca, hasta que en él sosiega; la voluntad le abraza, y quiere más y más rendirse a la suya, entrarse y entrañarse en él, y sólo apetece por pago del amor, amor; por premio de la sujeción, la gloria del dominio que su amado tiene en ella; mirarse y tenerse como cosa suya y que así la admita y tenga él... Con razón se compara el amor con el elemento del fuego, tan activo, fuerte y eficaz; tan dueño y señor de lo que emprende, que donde él reina, no deja permanecer otra cosa, sin consumirla y transformarla en sí, y no cesa de arder, mientras halla materia en que prenderse. Y como en Dios, fuego vivo y amor increado e inmenso, nunca puede faltar, siempre arde este fuego de amor, como en su centro... Todas las cosas en Dios son amor".

Bien podían aplicarse a la apasionada escritora aquellas palabras de los prodigiosos "Canticos del Amigo y el Amado" que intercaló en su "Blanquerna" el inmortal Raimundo Lulio: "Preguntaron al amigo de quién era? Respondióles que del amor. ¿De qué eres? De amor. ¿Quién te engendró? Amor. ¿En dónde naciste? En amor. ¿Quién te crió? Amor. ¿De qué vives? De amor. ¿Cómo te llamas? Amor. ¿De dónde vienes? De amor. ¿A dónde vas? A amor". El deseo de unirse con Dios era en Sor Francisca tan exclusivo, que con su ímpetu y violencia casi aniquilaba su ser corporal. "Padecía —escribe— un género de martirio, que sólo pasándolo me parece se entenderá: eran unas an-

sias de Dios que no daban espera ni se podían sustentar... Como el niño hambriento y falto de razón que nada le puede consolar ni hacer callar fuera del pecho de su madre, así aquel impulso, no daba lugar al temor ni a la espera... El agua que ha estado rebalsada y rompe el impedimento que la detenía, todo lo atropella y lleva por delante". La ausencia de Dios es a sus ojos tan terrible "como si el cuerpo apartado del alma pudiera tener conocimiento de lo que la necesita para su ser y se viera sin ella sujeto a horrorosa corrupción, privado de todo bien y con una como inmensa propensión a recibirla". El Infinito la atrae como "a aquél que mirando un gran abismo de agua se dice que no pudiéndolo comprender se arrojó a él diciendo: ¡oh abismo! pues yo no puedo comprenderte, tú me recibes". Pero al querer anegarse en el Abismo del bien, se ve detenida por la recia cadena del pecado y ante la contradicción que siente dentro de su propio ser, exclama con frase desolada: "La vida que estorba a la unión con el bien que se ama es como la emulación dura del infierno que vive para morir y anima para el dolor y la pena". Y se queja con frase patética: "¿Para qué fue dada la luz al miserable, sino para que vea su dolor y el bien de que carece? ¡Dios mío! ¿Quién puede sufrir esta muerte viva o esta vida muerta? ¡Ay de mí! Que mi destierro se va alargando y aun una hora de él pareciera prolongada". Pero no permanece en el estado de desolación pasiva que aumenta el dolor sin acrecer los merecimientos; pide a Dios, no ya bálsamo consolador, sino regenerante cautiverio: "Envía tus saetas y claven con tu temor mis apetitos de carne. Examina lo más íntimo de mi corazón y de mi intención y no dejes en lo interior de mi alma escondido el vicio, la pasión y la culpa; no sanen sobre falso mis heridas... no encubra una sanidad aparente la postema que acancere la entraña... Tú pones en tus obras tu mano, tocándolas como a tu amigo Job, y cuando las quieres perfeccionar, parece que las desbaratas y aniquilas". Y al ruego une el propio esfuerzo, porque sabe que "para plantar el amor de Dios es preciso que el alma disipe, arranque y quite todo lo que no es Dios; todo afecto de tierra, toda pasión desordenada, toda inútil solicitud y congoja, y buscando con los afectos el rostro de su Señor tanto sea abrasada o iluminada de él, cuanto se le ofreciere limpia y desembarazada de la pesadumbre de la tierra". Esta es "la aniquilación temporal" de que habla Santa Teresa y a que alude concretamente nuestra escritora en el siguiente pasaje: "En la amargura amarguísima moraré; haré de ella un nido de descanso y en este nido propio mío, moriré a mí para revivir en tu calor, que a ninguno niega, que mira lo humilde y resucita del estiércol al pobre".

Hay una escuela mística heterodoxa, representada en España por el famoso Miguel de Molinos, autor de la "Guía Espiritual", y propugnadora de malsano e inmoral quietismo. Para esta secta el secreto de la perfección espiritual está en que el alma se anegue en una estéril contemplación, "encerrándose y sumergiéndose en la nada"; y renunciando al ejercicio de la propia voluntad, por cuanto "la actividad natural es enemiga de la gracia e impide las operaciones de Dios y la verdadera perfección, porque Dios quiere obrar en nosotros sin nosotros". La "vía interior" conduce a un estado de "inmovilidad continua y de paz imperturbable", en que el hombre "no siente nada, nada, co-

mo si fuese un cuerpo muerto”; ni tiene voluntad, “porque Dios se la quita”, ni puede por consiguiente “cometer ningún pecado, ni mortal ni venial”. Esta “muerte mística” excluye el ejercicio de las buenas obras, “que no convienen a las almas interiores” y mata todo deseo de perfección y santidad. Cómo ha de esforzarse el hombre por conservar sus potencias y sentidos, si se le enseña que el alma “cuando cesa en sus operaciones, se aniquila y vuelve a su principio y origen, es decir, a la esencia de Dios, y queda en ella transformada y divinizada, no como dos cosas que se unen, sino formando una sola”; y si se agrega, como lo hace Molinos, que en este estado de unión “no debe oponerse resistencia a las tentaciones”, y que si el demonio agita la carne y la lleva a la ejecución de actos inmundos, el alma, libre de toda responsabilidad, debe desechar todo temor y escrúpulo, en la seguridad de que el pecado del cuerpo en vez de mancharla la dejará “más iluminada, fuerte y cándida y en posesión de una santa libertad y del tesoro de la paz”? Esta doctrina tenía que engendrar la más monstruosa soberbia en sus adeptos, que se creían glorificados en vida y hechos como dioses; y también el más audaz desenfreno de costumbres, pues borrada la idea de la responsabilidad, los apetitos de la carne no hallan ya el menor obstáculo para su franca satisfacción. De lo primero nos ofrece un ejemplo la célebre Madame Guyon, Diótima de los quietistas franceses, que se consideraba a sí misma como receptáculo de los dones del Espíritu Santo, que ella comunicaba en toda su plenitud a cuantos se le acercaban en silencio; se creía la mujer del Apocalipsis, destinada por Dios para destruir la razón humana y declaraba poseer nada menos que la autoridad apostólica de atar y desatar. Respecto de la segunda consecuencia lógica del quietismo, bien claro se puso en el proceso de Molinos que no se había descuidado éste en sacar las deducciones prácticas del sistema en beneficio de sus lujuriosos instintos, y que su nihilismo trascendental no le impedía reconocer las ventajas del “pecca fortiter” de que hablaba Lutero.

Nada de esto tiene que ver con la mística ortodoxa, ni con las ideas de la Madre Castillo, para quien hubiera sido incomprensible el consejo de Molinos: “conviene que el hombre aniquile sus potencias: esta es la vía interna”; creyendo ella, como creía, que Dios no quiere la muerte de la criatura sino su instauración en Cristo, “cuyas gracias —escribe— perfecciona y no destruye la naturaleza”. Y qué diferencia entre la insana soberbia de la visionaria francesa, que se creía esposa predilecta del Altísimo y profetisa de extraordinarios acontecimientos, y el humildísimo concepto que de sí tenía la monja granadina que exhortaba a su alma “que se portara como esclava en la casa de su Rey y Señor” y “mira no quiera igualarse en su estimación con las hijas y esposas de su Rey... ni levante los ojos con soberbia... ni quiera alzar la voz con arrogancia, pues la voz humilde de la tórtola es dulce a su Señor”.

Sin humildad es imposible el conocimiento y reforma de nuestras imperfecciones. El alma entregada a la orgullosa inacción del quietismo es a modo de barca enclavada en mitad del cenagoso pantano e incapaz de comprender el mérito de la acción, el valor de las obras, y lo es también hasta para apreciar la necesidad y dulzura de la oración. La

mística cristiana es esencialmente activa, y huyendo de los escollos del negro fatalismo calvinista y de la presuntuosa confianza del quietismo, pone su esperanza en Dios, pero no olvida que el auxilio divino es premio y corona de los esfuerzos meritorios de la voluntad libre. La Madre Castillo expresa esta idea de manera tan gráfica como concisa: "Conocí que cada alma es juntamente una oveja y pastor de sus afectos".

Santa Teresa, en su obra maestra "El castillo interior", en que el sentido práctico marcha en admirable consorcio con la inspiración mística más sublime, ensalza repetidas veces el valor de las obras. En la "Morada V" dice: "Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor: esta es la verdadera unión con su voluntad". Y en la "Morada final", después de hablar de las maravillas de la unión del alma con Dios, agrega: "Desto sirve el matrimonio espiritual de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios". Y anticipándose a contrarrestar las enervadoras enseñanzas que habían de popularizar los quietistas, dice a sus religiosas: "Es menester no poner vuestro fundamento sólo en contemplar; porque si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas". Y sintetiza su doctrina en esta fórmula admirable: "Creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo". El mismo espíritu que dictó estas sapientísimas frases a la reformadora del Carmelo, guiaba la pluma de Sor Francisca del Castillo cuando escribía: "A las obras es a lo que ha de crear. ¿Qué piensas que es el alma llena de buenos deseos sin darlos a luz? . . . Es como la que han concebido en sus entrañas y siente en ellas la guerra de aquellos deseos que, o se han de poner por obra, saliendo a luz, o han de morir y matar a la madre; y ella padece dolores y angustias mortales, porque anda en su interior un espíritu vehemente que la compele a obrar lo bueno, y tales angustias le causa el espíritu contrario, humano y diabólico, que resiste al espíritu bueno, que a veces con gemidos dice lo que la otra madre con la guerra que sentía en sus entrañas: oh! si tal me había de acaecer, ¿qué necesidad había de concebir?". ¡Qué manera tan enérgica de expresar el irresistible impulso hacia el bien que existe en el fondo de todos los hombres, y que no logra extinguir del todo el pecado cuando reina como señor de una alma! No son menos hermosas estas frases: "¿Quieres tú, dime, llegar a la estrecha puerta de la muerte, donde se cierra el plazo y se acaba el tiempo de merecer, cargada sólo de deseos no cumplidos, que hagan mayor la cuenta para el cargo y te llenen de confusión? . . . No será más glorioso para el alma que al llegar a los brazos de su Padre Dios, después del destierro y larga ausencia, le presente sus pequeñuelas obras, como hijos que la honren, y diga: estos son, Señor, los párvulos que me donaste en la tierra de mi prisión y en el Egipto de mi cautiverio?"

Pero la ejecución de las obras meritorias no se concibe sin la purificación previa de las potencias y sentidos, que son los instrumentos de operación del alma. La Madre Castillo examina con firme mirada las profundidades de su sér, y esta inquisición introversa la humilla y asusta: "Subía hasta el cielo; estribando en pies de barro y dando en ellos tu verdad descendí hasta el abismo". A Pascal le aterraba el silencio de los espacios infinitos; a la Madre Castillo, que ve armonías en

toda la creación, lo que la llena de espanto es “el abismo del corazón humano”. “Todas las cosas —dice— están como anhelando ejecutar puntualmente la voluntad de su creador. Hiere la piedra y da fuego; manda al mar que se dividan sus pesadas aguas y al viento que no sople, y lo ejecutan; mas la piedra, el monte, el mar, el viento del corazón del hombre ni tocado, ni herido ni mandado, se rinde ni sujeta”. Con no menor viveza pinta la inconstancia y la volubilidad del hombre: “Es variable el corazón humano, y como al mar, lo alteran varias olas, lo mueven muchos vientos: trae las ruedas del carro con diferentes rostros y duplicadas alas para cada movimiento; ya quiere volar al aire como águila; ya cavar la tierra como bruto; ya se muestra racional como hombre; ya se arroja y entrega a la ferocidad y crueldad como león”. En ocasiones es tan profundo el desaliento de nuestra contemplativa, que llega a dudar de la posibilidad de superar con flacas fuerzas el torrente de las pasiones, como es de ver en el siguiente párrafo, en que la caracteriza con frases y comparaciones admirables: “Oh Señor! ¿quién podría gobernar este entendimiento ciego, esta voluntad antojadiza e inconstante, tan expuesta a abrazar el mayor mal, como a hastiarse del bien; esta memoria, como una vía sin cercar donde crecen y suben las oriigas y zarzas; esta fantasía, como el polvo de las calles que a todos vientos con ligereza se mueve y el pie de cualquier pasajero lo hace volar; estos sentidos, cuyas puertas es necesario estar continuamente cerrando con trabajo y dolor, porque no éntre por ellos la muerte del alma? ¿Quién se librará del pie de la soberbia, cuando lo pone sobre lo más guardado? ¿Quién atajará el furioso huracán de la ira, que todo lo derriba y atropella? ¿Quién se preservará de la sutil carcoma de la envidia que se cría en lo más escondido del corazón? ¿Quién ha de esconderse del sutilísimo aire de la vanidad, que se entra por las rendijas más ajustadas y aun se fomenta entre ellas mismas? ¿Quién ha de tener el freno y la rienda a tántas desbocadas bestias de sus pasiones?”. Pero la fe que sabe poner tan perfecta armonía entre los sentimientos humanos, a fin de que ninguno, saliendo de quicio, precipite al abismo las almas, contiene el temor, recordándole la confianza que debe tener en el poder purificante del amor divino: “Esto sentí habiendo recibido a Nuestro Señor: parecían anegar a mi alma dos grandes abismos: el uno de la flaqueza, malicia e ignorancia de ella; el otro, de la suma, infinita, inmensa grandeza, limpieza, sabiduría y omnipotencia de Dios. El un abismo llama al otro; el abismo del bien al abismo del mal para remediarlo, y el abismo del mal al abismo del bien para que lo remedie”.

No se busque en los escritos de la Madre Castillo un estudio metódico del alma, ni de sus potencias y operaciones: no era su propósito doctrinal. Pero aquí y allá centellean en la “Vida” y en los “Sentimientos” agudas observaciones psicológicas. Lo que dondequiera resalta es su propósito de dar base de humildad a todos sus pensamientos y acciones. La soberbia se le presenta como espectro que turba su sueño; como peligro de toda hora y de cada momento, en lo cual demuestra la perspicacia de su juicio, porque la soberbia ha sido la gangrena que ha corroído a muchas almas espirituales. Todo un “afecto”, y de los más elocuentes, está dedicado a pintar la fealdad y malicia del primero de los pecados capitales, y a contraponerle la brillantez y refulgencia de

la virtud contraria, que es a modo "de piedra preciosísima de inestimable valor con tan extraña y peregrina hermosura, que encierra en sí toda la de las demás virtudes". Conducida por guía tan seguro, pudo llegar a muy alto punto de perfección, creyendo firmemente que no había logrado superar las primeras asperezas del monte. Los mismos favores sobrenaturales no podían infundirle peligrosa presunción, porque recordaba que el Señor le había dicho: "Con las mismas manos que lavé los pies de Pedro y dí mi cuerpo sacramentado a él y a los otros discípulos, lo di al que me fue ingrato".

Un aspecto muy simpático del misticismo de la Madre Castillo es su espíritu de caridad. Cierta eminente escritor francés, Emilio Montegut, afirmó hace muchos años en la "Revue des Deux Mondes", que los místicos españoles no conocían de la caridad sino el nombre y que "Santa Teresa misma parecía ignorar la existencia de los desgraciados que la iglesia llama miembros enfermos de Jesucristo". Ya Rousselot combatió tan temeraria afirmación y defendió a Santa Teresa del absurdo cargo, con sólo citar unos cuantos pasajes de sus obras. Más aún: cree Rousselot "que el misticismo español posee una virtud que faltó a todo el mundo en el siglo XVI, lo mismo a Lutero que al Duque de Alba, lo mismo a León X que a Calvino: la compasión; así se destaca sobre el fondo oscuro y sangriento del siglo más despiadado de la edad moderna". No podría faltar nota tan simpática y humana a la que demostraba ser fiel discípula de Santa Teresa. "Mira —exclama— que la caridad se necesita desde el principio hasta el fin; ella es la que da leche al pequeñuelo y la que da calor al cano. En esto verás si amas a tu dueño, si miras con amor sus hermanos, sus hijos, sus siervos, sus pobres, sus enfermos; que la ciencia sabrosa del amor a todos llama y quiere compeler a que entren al convite". Y de esta amorosa doctrina saca la siguiente hermosa consecuencia: "Si se hallaran dos personas a quien yo hubiera de hacer un beneficio, se lo hiciera de mejor gana a la que me hubiera injuriado. . . El hacer bien a quien no me ha hecho mal, puede llevar otros motivos; pero el hacerlo a quien yo no quisiera, es sólo porque Dios quiere, y esto hace el alma con seguridad y alegría". Y no se limitó a consignar en sus escritos estos sentimientos: supo, además, practicarlos. Le tocó recorrer todos los cargos de la comunidad, y ninguno le parecía más dulce y amable que el de enfermera, que desempeñó repetidas veces. Y no sólo estaba atenta a cumplir sus piadosas obligaciones dentro del claustro, sino que procuraba llenar las que le imponían los naturales afectos del corazón. Cuando su pobre madre, que estaba ciega, quedó sin amparo, Sor Francisca pidió con instancia y obtuvo la autorización de trasladarla al convento para prestarle sus cuidados, y aunque este duro trabajo requería una constitución más sana que la suya, porque la enferma "estaba tullida de pies y manos y ni moverse podía por sí, y eran menester muchas fuerzas; yo tenía pocas, y algunas veces, queriéndola alzar, caíamos entrambas"; no obstante estas penalidades, prolongadas por espacio de dos años, cuando murió la anciana enferma, su hija lloró porque perdía "aquella cruz tan amable". La misma solicitud que consagró a la mujer que la había llevado en su seno, ponía en cuidar a compañeras que la desamaban. En cierta ocasión en que se hallaba de tal modo rendida

por el dolor, "que lo más del día estaba desmayada y en queriéndome levantar, era con tanto temblor que caía de mi estado", vínole mortal dolencia a la abadesa, que siempre la había tratado con dureza y enojo, y Sor Francisca, sacando fuerzas de flaqueza, corrió a procurar allí alivio a la moribunda, olvidándose de sus propias enfermedades ante aquella "tan larga y penosa y de tan estupendos dolores" que sufrió su Prelada. Si tal interés le inspiraba la salud del cuerpo, no era menor el que la animaba por la salvación de las almas; y así la vemos contar entre sus "grandes trabajos", el que le causó la noticia de que un deudo suyo llevaba vida poco arreglada, con gravísimo riesgo de su salvación. No cesaron su llanto y congoja hasta que consiguió a fuerza de súplicas y razones que el extraviado individuo volviese al camino recto, rompiendo las seducciones del pecado.

La caridad es a manera de óleo suavísimo que embalsama la vida de la Madre Castillo. Con qué entusiasmo ensalza las virtudes y buenas acciones de muchas religiosas. Véanse, por ejemplo, estas líneas escritas al morir una Prelada: "Esta Madre no hacía al parecer más que las otras: mas válgame Dios, cuánto vale la unión y caridad en las comunidades. Jamás se supo que tuviera disgusto con ninguna; toleraba muchas cosas, mas era con tal serenidad en el rostro y en las acciones, que sólo verla causaba consuelo. Con todas estaba contenta y risueña; debía de nacer aquello de alguna gran virtud que Dios había puesto en su alma, porque en lo exterior sólo se le veía seguir la vida común". Cómo sabe excusar las faltas e intemperancias de las que la persiguen. No oculta la verdad; no se declara merecedora de ciertos reproches; pero siempre concluye por pensar que si ella no ha pretendido nunca pasar por santa ni se ha puesto la máscara de la hipocresía, tiene otros muchos defectos; es un abismo de miseria y debe haber dado justo motivo a las iras que se desatan sobre su cabeza. Hay más: repetidas veces declara que una de las cosas más terribles de su vida "es conocer la bondad de los sujetos que me han afligido y no acertar a darles contento". Un día estalla una religiosa en denuestos contra Francisca, y ésta, por toda respuesta, se postra para besarle los pies. Reunida en cierta ocasión la comunidad para elegir abadesa, consigna su voto en favor de una monja que la había injuriado, y aconseja que sigan la misma conducta a dos compañeras que sentían sus desprecios y consultaban en aquel acto su opinión. Y al finalizar la elección, acudió a la nueva abadesa para pedirle "que si le daba alguna ocasión de enojo, me lo odvirtiera con caridad y me castigara con rigor si me hallaba culpada; y quedáramos en paz, como madre y señora con su súbdita e inferior. Así me lo prometió riéndose, mas no parece que me lo concedió el Señor" agrega tristemente. Su abnegación llegó hasta el punto de que cuando más apretó su afflictiva situación en el convento y se vio "penitenciada" injustamente, su hermano y su cuñado escribieron a altos personajes eclesiásticos de Santafé para quejarse de aquella comunidad, y Sor Francisca, enterada de lo que pasaba y del contenido de las cartas, procuró ganar al sujeto que las llevaba y las echó al fuego porque "no quería Nuestro Señor que deseara ni pretendiera venganza".

Mientras la Madre Castillo avanza más y más en busca de Dios, la "noche oscura" la envolvía con más espesas sombras y se veía opri-

mida por aquellos “graves trabajos y tentaciones sensitivas” que, según San Juan de la Cruz, permite Dios que caigan sobre los espirituales para que, “castigados y abofeteados” de esta manera, vayan más y más aprovechando. Ya es “el angel de Satanás, que es espíritu de fornicación” que azota los sentidos con abominables tentaciones, “lo cual les es mayor pena que el morir”; ora es el espíritu de blasfemia que susurra al oído horribles conceptos e incita a la lengua para que los profiera; ya es aquel formidable “*Spiritus vertiginis*” de que habla Isaías, que “de tal manera les oscurece el sentido que los llena de mil escrúpulos y perplejidades tan intrincadas al juicio de ellos, que nunca pueden satisfacerse en nada, ni animar el juicio a consejo ni concepto” Tales azotes cayeron sobre el sensible espíritu de la pobre religiosa clarisa, ya bastante atormentada por males físicos y por crueles persecuciones. Escuchemos sus palabras: “Permitió Dios al enemigo que me afligiera con representarme cuantas herejías e infidelidades se han inventado entre los hombres; y sin cesar todo el día en cualquiera ocupación que tuviera, sonaban aquellos silbos de la serpiente infernal en los oídos de mi alma, tornando a su propósito cuanto oía y leía... Bien se puede echar de ver qué género de tormento sería éste en que ni del cielo ni de la tierra tenía descanso, luz ni alivio”. Cuando esa tentación aflojaba, se le acercaba con sus tentadores halagos la concupiscencia: “Desde niña me puso Dios un horror grande en mi corazón a cosas que tocaban a impureza... pero poco o nada pueden las fuerzas humanas contra este maldito vicio tan llegado a nosotros mismos en esta carne vilísima, saco de pesadumbre si de Dios se aparta. El altísimo dón de la castidad y pureza, que hace a las almas esposas de Dios, descendiende de arriba del Padre de las lumbres”. Siente cruel guerra en sí misma y teme quedar vencida: “Despedazaba mi carne con cadenas de hierro; hacía-me azotar por una criada; pasaba las noches llorando; tenía por alivio los cilicios; hería mi rostro con bofetadas y luégo me parecía que quedaba vencida en manos de mis enemigos”. Por último, padecía “un continuo y grande pavor de todo, hasta de cosas muy leves, que aunque así dicho no parece nada, padecido es mucho, porque es un continuo estar muriendo y temblando, como los reos de graves delitos, que cada ruidito les parece es abrir la cárcel a notificarles la sentencia de muerte”. Con estos atroces tormentos espirituales coexistían extrañas y penosas dolencias físicas. Aquel cuerpo débil, atormentado por las penitencias y privaciones, quería romperse al ímpetu de las emociones del espíritu al cual servía de frágil envoltura. Por largo tiempo estuvo la religiosa sometida a crisis terribles que afectaban profundamente su sistema nervioso. Por espacio de catorce años —refiere en el capítulo XIII de la “Vida”— “en cayendo el sol me iban faltando las fuerzas y mi alma se iba como desmayando y deshaciendo de modo que yo no podía tenerme... y como luégo se seguía el ir a maitines y a oración al coro, me costaba mucho trabajo, porque era como gobernar un cuerpo muerto... Ello me servía de gran trabajo, porque no es decible todo lo que en ese tiempo oí y ví, y la pena que daba a las religiosas. Unas decían que si supieran esto de mí no me hubieran recibido; otras se reían y burlaban; las Preladas me reprendían... y yo me apuraba más que todas, aunque no me dejó Nuestro Señor impacientar con este tra-

bajo. Sentía varios accidentes: unas veces quedaba tan molida, como si me hubieran deshecho los huesos; otras con tantos dolores, que me entraba un temblor que era necesario que las personas que allí se hallaban cargaran sobre mí toda su fuerza... Pasaba mucho trabajo, mas quedaba con más deseo de Dios”.

De vez en cuando un rayo de luz bajaba a iluminar este cuadro de tristezas y dolores. Jesucristo, el Esposo deseado, se le aparecía en visión corporal y le infundía consuelo inefable con su presencia. No son los actuales tiempos de análisis positivista los más a propósito para creer en la realidad de las visiones y éxtasis con que han sido favorecidos tantos místicos y santos: y no hemos de entrar con este motivo en una discusión inútil, pues los creyentes en el supernaturalismo no necesitan que se les pruebe lo que ellos afirman sobre la fe de la Iglesia, y los incrédulos no se han de rendir a razones, porque su negación arranca de más hondo y afecta a todo lo que pertenece al mundo ultrasensible. Sin embargo, bueno es recordar que aun desde el punto de vista del pensamiento independiente, pudo afirmar Roussetot su creencia “en la intuición de la fe como en la intuición del genio” y rindiendo homenaje a la absoluta veracidad de Santa Teresa, a la lucidez de su poderosa inteligencia y a las condiciones que avaloran el relato de su vida, rechazar toda sospecha de falsedad y toda explicación patológica acerca de los fenómenos sobrenaturales de que habla la Santa: “Sí, ella tuvo éxtasis, visiones y revelaciones; no cabe duda sobre esto, como no cabe sobre las «voces» que oía Juana de Arco; y Nicole dijo con mucha razón que en estos casos debe callar el «sprit fort»”. Con sencillez y convicción parecidas a las que emplea Santa Teresa, dice la Madre Castillo: “Vi a Nuestro Señor como cuando andaba en el mundo, mas ninguna criatura humana podría decir cómo era su hermosura y gracia, en medio de traer una vestidura pobre y humilde, ni su mirar amoroso y suave... Y una noche, que era miércoles santo, estando yo recogida en un rincón, mientras se cerraba la portería, lo sentí tan cerca de mí que casi tenía mi cabeza en sus rodillas reclinada; parecía que le comunicaba a mi alma las fatigas y congojas de su corazón, como si esto pasara en aquel tiempo en que sucedió la Pasión”. A veces se despertaba oyendo “unas palabras que en lo más alto e interior del alma le decían: Francisca, ya eres mía”; y como “luz que se imprime en el alma” entendía esta consoladora verdad de labios del Altísimo: “Mira: si todo el mundo fuera de oro purísimo, perlas y piedras preciosas de inestimable valor, y pudieras con desearlo, adquirirlo y traerlo a ti, no te pudieras transformar en él; mas en mí, que soy verdadera riqueza inefable, puede transformarte el amor”. Pero en estos misteriosos coloquios no pedía Sor Francisca consuelos en esta vida, que ella había destinado a “padecer y amar”. Antes bien, una ocasión le pareció que “su alma, llegándose a su Señor, entendía esta pregunta: ¿quieres tú reposar en mí o que yo descanse en tí? Conocía —dice— que el reposar en el alma era enviarle trabajos y se sentía inclinada a que el Señor descansara en ella”. Frase que en su sencillez encierra un poema de fortaleza y resignación.

Favores aún más altos recibió del Cielo la Madre Castillo que las visiones corporales (no frecuentes por cierto) de que da cuenta en

su "Vida" y no es temerario creer que llegó a aquel estado de "desposorio espiritual" de que habla Santa Teresa, en que Dios, satisfecho del alma purificada, quiere que le entienda más "y que, como dicen, vengan a vistas y juntarla consigo". Y prosigue la Santa: "Allí no hay más que dar y tomar, sino un ver el alma por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar, porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podría entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo: mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan a dar las manos". Inefables deleites acompañan a este estado en que el alma siente "el silbo penetrativo" con que le habla el Amado, y "el dolor sabroso" de la inflamada saeta que hiere sus entrañas. De pronto, Dios le arrebató con la facilidad con que un gigante mueve una paja, y la conduce a regiones no exploradas por el ojo humano, y allí le enseña profundos misterios y verdades sublimes. Pero este "vuelo del espíritu" no se prolonga largo tiempo; torna el hombre a las condiciones normales de la vida y siente "una soledad extraña porque criatura de toda la tierra no le hace compañía". La Madre Castillo también supo de estos divinos arrobamientos; también tuvo instantes en que su alma "andaba como una ligera pluma llevada del viento suave. Así me parecía que yo no tenía parte en mí para nada sino que andaba como sin alma; que mi alma se había entrado en Dios y que era gobernada por su impulso dulce, amoroso y eficaz. Todo lo que veía y oía era Dios, era Sumo Bien y era un bien sobre todo sentido y conocimiento. No me estorbaba nada exterior, antes todo era como soplos que hacían arder aquella llama; y más ardía con todo lo que era desprecio y humillación". En estos momentos era cuando escuchaba "la habla del Esposo en lo más superior del alma", habla que es un "toque suave sobre toda suavidad, fuerte sobre toda fortaleza, limpio y puro sobre toda pureza. Y a la manera que la mano hiriendo blandamente la vihuela, hace en ella las consonancias que quiere, así aquellos amores castos, dulces y fuertes se difunden en el alma, y ella gusta, ve, oye, toca y percibe un bien sobre todo bien; una hermosura que no está sujeta a formas; un sabor, un olor, una voz penetrativa como el óleo, suave y delicada como el silbo, poderosa como el fuego, que prende y abrasa toda materia combustible y hasta el fierro transforma en sí. Ama el alma y siente ser amada; porque por aquel tiempo no siente el justo temor de si está en gracia o no".

Pero hay otro estado más alto todavía, en que Dios se comunica con el alma, no en ráfagas pasajeras, sino de una manera constante, realizándose así una unión tan perfecta como es posible sea en este mundo, y que Santa Teresa, tomando comparaciones del orden sensible, apellida "matrimonio espiritual". Entonces el amor halla plenísima satisfacción; el espíritu entra en una región de serenidad y calma inalterables; los éxtasis y arrobamientos cesan; se restablece el equilibrio en el compuesto humano y la beatitud interior no empece a la realización de las obras y el cumplimiento de los deberes exteriores; y si antes el alma y Dios eran como dos velas que se juntan tan en extremo que toda la luz es una, pero que pueden volverse a separar, ahora son como un arroyo pequeño que entra en el mar, o como si en una pieza hubiese dos ventanas por donde entrara gran luz; "aunque entra divi-

dida, se hace toda una luz". A esta cúspide gloriosa de la mística ortodoxa llegó Santa Teresa. La trunca relación de la vida de Sor Francisca no permite afirmar de ésta otro tanto. Dios quiso que su existencia fuera toda de prueba con brevísimos intervalos de consuelo; y la ató desde temprano a la rueda de los sufrimientos del cuerpo y de las angustias morales. Santa Teresa cierra su simbólico "Castillo", diciendo cómo la paloma, "esto es su propia alma, trae la oliva por señal que ha hallado tierra firme dentro de las aguas y tempestades deste mundo"; Sor Francisca, en una de las últimas páginas de su "Vida", escribe alentándose en una de sus graves agonías: "Ea, alma, que ya tocamos las márgenes de la ciudad santa". Pero se ve claramente que no espera arribar vestida con la carne mortal, sino a la hora de la liberación definitiva.

No llegó ésta tan pronto como la Madre hubiera querido. Antes permitió el Señor que sus compañeras, que por tantos años la habían escarnecido y humillado, rindieran, quizá movidas por superior impulso, un homenaje a su virtud. En 1716 la eligieron abadesa "contra la voluntad de todos los que más podían". Grave cargo para persona de carácter tan encogido y humilde, de tan poco trato con el mundo y a quien abrumaban "grandes desmayos y tanta debilidad, que ni aun un paso podía dar, ni aun echar la respiración". Si su situación era precaria, no era mejor la del convento "que a toda prisa se iba acabando", sobre todo en lo referente a rentas, que se deshacían sin saber cómo en las manos del oficioso Síndico. ¿Qué hacer en tan aflictivas circunstancias? En primer lugar, lo que toda alma creyente que se encuentra indefensa: "Clamar a Nuestro Señor y a la Madre de la vida y la misericordia". Pero la Madre Castillo comprendía que las obligaciones de su cargo pedían algo más que estas devotas lágrimas: llamó a su hermano en su ayuda, y mediante la hábil administración de éste salió el convento de su misérrimo estado. Bajo la prelación de "la visionaria" produjeron las rentas no sólo para atender a las necesidades imperiosas de la comunidad, sino también para emprender obras importantes de reparación en los claustros e iglesia. Empero, cuando cesó en su cargo, las mismas que el día antes celebraban su buena administración la dejaron abandonada, aunque estaba en el lecho del dolor, y "no volví —afirma— a ver el rostro de ninguna, ni criada ni monja". Triste comprobación de que la gratitud es una de las virtudes de más difícil arraigo en nuestra viciada naturaleza.

Hasta aquí llegan los apuntes que acerca de su vida escribió la Madre Castillo para uso de sus confesores, con la sinceridad y desaliño de quien habla en el tribunal de la penitencia. No pudo soñar la humildísima religiosa con que aquellas confidencias habían de ser entregadas a la curiosidad pública. Si lo hubiese previsto, es seguro que el relato de las persecuciones de que fue víctima habría quedado oculto en el secreto de su conciencia, porque ella nunca deseó mal para sus hermanas, y como en vida les pagó su despego con amor y dulzura, habría querido pagárselo con el silencio para después de la muerte. De los sucesos posteriores, sólo sabemos que volvió a ser abadesa en los años de 1729 y 1738, y que, gozando ya de gran reputación de santidad, pasó a mejor vida en 1742 a los setenta y un años de su edad. Pre-

dicó el panegírico en las honras fúnebres el Padre Diego de Moya, grande admirador de la Venerable Madre, a quien llamaba “Monja del cielo”; y es lástima que se haya perdido este documento, pues sabemos contenía datos biográficos de interés y por él tendríamos la noticia de los últimos años de la Madre Castillo, a quien el Padre Moya conoció y trató muy de cerca. Un año después del tránsito de Sor Francisca, se abrió la sepultura y apareció su cuerpo incorrupto, acerca de lo cual hay una atestación del mismo Diego de Moya como “testigo ocular”.

Si la “Vida” de la Madre Castillo nos da a conocer los hechos más notables que le ocurrieron desde su niñez hasta cuando abandonó por vez primera la gobernación del convento, los “Sentimientos Espirituales” son el diario de su existencia psíquica, que se pasó en un eterno flujo y reflujo de temores y esperanzas. Literariamente, los “Sentimientos” tienen una superioridad enorme sobre la “Vida”. El eminente escritor colombiano Don José Manuel Marroquín —en un discurso de que luégo se hablará— dice que sería interesante averiguar la causa de esta desigualdad, que salta a la vista; y aunque no siempre sea posible hallar el motivo de los desfallecimientos que sufre el ingenio, creo que en el presente caso puede explicarse el fenómeno por la calidad del talento literario que poseía la autora. Raras antinomias de la vida. La Madre Castillo, que apenas trató con nadie de fuera del claustro, tenía como escritora un temperamento marcadamente oratorio, que se adecuaba muy poco a la sencillez de una narración llena de menudos incidentes. Se halla, al contrario, en su terreno propio, cuando encuentra ciertos altos temas, como la grandeza de Dios y la miseria y pequeñez humanas; la muerte, el infierno, etc. No se le exija entonces a su estilo severidad didáctica, exposición ordenada y precisa. Su genio la lleva a hacer brillantes generalizaciones; a acumular imágenes de sabor bíblico; a buscar modos de decir nuevos, atrevidos y enérgicos; a dar movimiento al estilo por medio de frecuentes apóstrofes e interrogaciones; a amplificar su pensamiento derramándolo en inmensos períodos, cuyas cláusulas se van recogiendo como los pliegues de un manto, y que se cierran a menudo con una frase que ya por ser la nota más alta de la idea que informa el período, ya por presentar con ella un vigoroso contraste, deja grande impresión en el lector. Léase el siguiente trozo que es un ejemplo típico de lo que antes se dice: “Así que, Señor mío, grande y terrible, paciente y amoroso; no te desagrada la tempestad, pues en ella caminas; no la oscuridad y niebla, pues allí están tus huellas; no te enamora la hermosura y capacidad del mar, pues lo reprendes, y haces secar; no te pagas de las corrientes de aguas, pues las echas al desierto; no de la alteza de los montes, pues los conmueves; no de los collados, pues los desueelas; no de la hermosura de las flores, pues las dejas enflaquecer y marchitarse, no de la tierra, pues la haces estremer; ni de sus poderosos poseedores, pues les muestras tu indignación; ni de la fortaleza de las piedras, pues las deshaces. ¿Pues qué, Señor, te agrada, qué te inclina? El que espera en tí, el corazón humilde, que no confía en sí mismo; el que todo su sér resigna y deja en tus poderosas y amorosas manos, en tu sapientísima providencia; el amar-te y temerte”. Cuando en medio del relato de su vida halla ocasión de abandonar el tono narrativo por la ampliación retórica, o se le o-

curre algo grande qué decir, su estilo cobra en el acto mismo, color y brío, como es de ver en los pasajes que en este estudio se citan y que compiten con los mejores de los "Sentimientos Espirituales". Vuelve a la narración, y el estilo torna a ser preuioso y desaliñado.

Muy distintos caracteres tiene el estilo de Santa Teresa, que había nacido para la narración familiar, sin preparación ni aliño, como de "vieja castellana junto al fuego". No hay en la literatura española libros de más hechicera ingenuidad que los de la monja de Avila, en que se deja ver, como a través de un cristal diáfano, aquella alma tan admirable en sus elaciones de amor y sus intuiciones de genio, como en sus rasgos femeniles. Santa Teresa, con su espíritu profundamente práctico, no procura la elegancia, sino la claridad y precisión. Usa un lenguaje castizo como pocos; pero al formar oraciones, no tiene mucha cuenta con la elegancia retórica, y usa una sintaxis propia suya que bien merecería un estudio especial. A veces, la idea, al tratar de materias tan encumbradas y difíciles, se resiste a la expresión por medio de palabras; la Santa no oculta sus vacilaciones; expone su pensamiento en la forma que cree menos imperfecta, y pasa adelante, y cuando al fin, por una especie de iluminación repentina, halla la frase única, con tanto afán buscada, expresa su alegría con la sencillez del niño que después de mucho trabajo logra atrapar la fugitiva mariposa. Sus citas de extraños autores son tan raras como vagas, y a veces se limita a apuntarlas porque su debilitada memoria no le permite recordar con precisión el autor o el pasaje a que desea referirse. En cambio, sus comparaciones son tan frecuentes como exactas: las toma de la naturaleza física, de objetos manuales, y las desarrolla con tal gracia y exactitud, que constituyen uno de los mayores encantos de sus libros. Los anacólutos en que a menudo incurre y que serían grave descuido en escritor de estilo más literario, no afean el de Santa Teresa, como lo confirmó desde el siglo XVI un maestro como Fray Luis de León. No me atrevo a decir o no tanto de las repeticiones de palabras en una misma oración y de la forma dura y poco eufónica que suele dar a sus períodos. En este último particular creemos que la supera la Madre Castillo, cuyo estilo es además más dulce que el de Santa Teresa. En lo de las repeticiones, fue gran pecadora Sor Francisca, con grave perjuicio para su valor literario.

Para apreciar mejor las diferencias que existen entre las dos escritoras, pondré en contraposición sendos pasajes, que por el asunto ofrecen analogía. Tratan una y otra de encarecer las ventajas de la vida interior y refuerzan con símiles su argumentación. Y dice Santa Teresa: "Ya habéis oído sus maravillas del Señor de cómo se cría la seda (que sólo El puede hacer semejante invención) y cómo de una simiente que es a manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto sino oído) y así sí algo fuere torcido, no es mía la culpa. Con el calor en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir (que hasta que haya este mantenimiento de que se sustenta se está muerta) y con hojas de moral se crían, hasta que después de grandes les ponen unas ramillas y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados a donde se encierran, y acaba este gusano que es grande y feo, y sale del

mesmo capucho una mariposita blanca muy graciosa... Pues, ea, hijas mías, priesa a hacer esta labor y tejer este capuchillo". Después de saborear este trozo, cuyo arte consiste en no tener ninguno y en hacernos oír, como en transcripción fonográfica, una conversación de Santa Teresa, veamos cómo expresa la Madre Castillo una idea semejante: "Mi amado para mí; yo para él; mi secreto para mí en la soledad y en lo escondido del corazón. Míra que dicen es símbolo de la imprudencia el pelícano, que anida en las eras más trilladas y allí los labradores cercan el nido de heno o paja y le prenden fuego: él viendo el riesgo de sus pollitos, baja a ponerse sobre ellos; viendo que el fuego se va acercando, bate las alas para apagarlo, pero esto sirve para encenderlo, hasta que comprendido en su ignorancia, el fuego le quema las plumas y allí mueren cogidos de los cazadores, él y sus hijuelos. Míra que el principio de su mal fue falta de cautela: no evitó los riesgos y así cayó en ellos...". "Este pasaje no perdería puesto al lado de las delicadas y risueñas comparaciones de San Francisco de Sales" dice Rafael M. Carrasquilla. "Llevamos —prosigue Sor Francisca— nuestros tesoros por el camino trillado de pasajeros, y los malignos espíritus son como ladroncillos que lo asechan. En el campo de la vida mortal estaba el tesoro que dijo el Señor, pero escondido. A su esposa la nombra con semejanzas que indican secreto: huerto cerrado, fuente sellada. Por preciosa que sea la casa, si a todas horas da paso franco, presto se acabará la hermosura... si descubres tus bienes, o te los han de soplar con la lisonja, o morder con la envidia, o arrojar con el menosprecio. No des tu corazón al halago de ninguna criatura... recélate más de sus aficiones que del cuchillo que ha de cortar tu brazo. El brazo hará falta al cuerpo; el corazón al amor de Dios y a su servicio: sin brazo podrás vivir la vida del espíritu". Suspendemos la cita, porque basta a nuestros propósitos; pero la Madre Castillo continúa por largo espacio desarrollando el tema con no menor riqueza de frases.

El principal defecto de los "Sentimientos Espirituales", o más bien, el motivo más notorio de su inferioridad con relación a las otras obras maestras de la mística española, consiste en su falta absoluta de método y de plan. La Madre Castillo iba día por día consignando sus impresiones, sin esforzarse por darles trabazón ni enlace a fin de reducir las a un cuerpo de doctrina. Su pensamiento se mueve en determinado círculo de ideas, y forzosamente tiene que repetir las. Se complace en reproducir ciertos asuntos grandiosos y ciertas imágenes y símiles bíblicos por los cuales demuestra particular predilección. Si se permite la frase, su tono es "lírico", por lo cual no parece extraño que abandone a veces la prosa por la forma rítmica. No es esta la impresión que dejan otros místicos. Santa Teresa nos da en sus libros el fruto de su experiencia, alcanzado con sangre del cuerpo y del alma. Expone la traza del castillo espiritual que es preciso conquistar; señala los peligros que acompañan a la empresa; indica las armas con que se vence al enemigo, y como general intrépido, guía a sus soldados al asalto hasta apoderarse de la morada central en donde habita "el Dios de las caballerías". ¿Y quién gana en rigor didáctico a San Juan de la Cruz? Bajo su severa disciplina va el hombre desembarazando sus sentidos y potencias de todo lo sensible, hasta llegar a un completo olvido de cuanto

cae bajo forma y figura; y cada nuevo grado de purificación marca un ascenso en la subida del monte Carmelo. Fray Juan de los Angeles, con sus "Triunfos del amor de Dios" —uno de los libros más bellos de nuestra escuela mística—, en que describe el duelo entre el alma y el Creador, expone en la primera parte, muy menudamente, las excelencias del amor que tiene fuerza bastante para "tenerse con Dios a brazo partido", y dedica la segunda a enumerar los motivos que hacen a Dios sumo objeto de amor por parte de la criatura. El extático Fray Miguel de La Fuente, en su singular libro "Las tres Vidas del Hombre", comienza por un concienzudo análisis de nuestro sér corpóreo, y conocida la calidad del vaso, examina la esencia espiritual que encierra, y una vez estudiada el alma con sus potencias, nos presenta al hombre transfigurado por la gracia y unido con Dios en el abismoso centro del espíritu. Resume San Buenaventura (citado por el Padre La Fuente) todos los ejercicios de la vida contemplativa en estos tres puntos: —¿Quién soy yo? —¿Quién es Dios? —¿Cómo seremos una misma cosa Dios y yo?—. A estas preguntas, que según el Padre La Fuente comprende "la sustancia de toda la vida espiritual y su mayor perfección", responden nuestros grandes maestros en forma metódica, pero apoyándose en los datos de su propia experiencia, en lo cual consiste su originalidad. La Madre Castillo también nos da su pensamiento sobre estos trascendentales asuntos; pero no discursivamente, sino apuntándolo aquí y allá en medio de efusiones líricas.

Alguna analogía de forma presentan los "Sentimientos" con las "Meditaciones devotísimas del amor de Dios", del clásico Fray Diego de Estella, llamadas por Menéndez y Pelayo "braserillo de encendidos afectos", frase que también podría aplicarse a los escritos de la clarisa granadina. Ambos libros ofrecen una forma oratoria, llena de color y movimiento, en que a la sencillez de la demostración dialéctica se sobrepone la pompa retórica y el ímpetu afectivo arrolla la argumentación filosófica. Ninguno de los dos tiene un conjunto orgánico como las "Moradas" o la "Subida del Monte"; pero hay en las "Meditaciones" una idea dominante, un punto central, al cual convergen todas ellas y que da unidad al libro. Esta idea principal falta en los "Sentimientos". Además, el estilo del Padre Estella, como de un verdadero clásico, es más limpio y perfecto que el de la Madre Castillo, aunque no ofrece ciertos toques de emoción íntima y profunda; ciertas frases ardientes y patéticas que brotan del fondo del alma de Sor Francisca y que adquieren mayor realce por la espontaneidad y el descuido con que se presentan.

En cuanto al lenguaje, pareceme que el de la Madre Castillo es muy castizo y de pura cepa castellana. Su vocabulario es abundante, y contiene, como de uso familiar y corriente, palabras de extracción latina que sólo emplean ciertos escritores eruditos. La corrección no lleva parejas en nuestra autora con el casticismo. Además de las molestas repeticiones de unas mismas voces, de que ya hemos hecho mención, puede notarse que acumula los sinónimos para reforzar el pensamiento, produciendo a veces el efecto contrario, que se pierde en ocasiones en los incidentes de un período, y no lo cierra lógicamente; que rompe el orden en las gradaciones de palabras, etc., etc. En suma, podríamos decir de su prosa lo que un ilustre historiador de la literatura alemana

dice de la de Santa Hildegarda: "Su defecto es la prolijidad. Su lenguaje tiene palabras sublimes, pero cae bruscamente, sin transición, en descripciones difusas o en repeticiones inútiles que sólo sirven para debilitar un pensamiento que de otra manera resultaría vivo y original. Al citar sus frases, hay que condensarlas casi siempre". Pasando a la parte gramatical, incurre la Madre Castillo en un feísimo vicio regional, que deforma el estilo, aunque por otro lado, es nueva prueba de autenticidad y cumplida demostración de que la autora carecía de estudios literarios. Este defecto —ya censurado por el eminente literato Señor Carrasquilla— consiste en la confusión en el uso de los pronombres y mezcla arbitraria de las formas "tú" y "vos", dirigiéndose a una misma persona. De esta incorrección, que aún subsiste en el lenguaje vulgar de la República de Colombia, y en otras regiones de América, no hay huella en los maestros de la mística española; así como nunca incurre la Madre Castillo en el uso pleonástico del adverbio "muy" con un superlativo, que a cada paso se halla en Santa Teresa y que es tan común en España, como raro en América, o por lo menos en la patria de Sor Francisca.

Por último, diré en elogio de ésta que, dadas sus condiciones de vida, de carácter tan trivial y doméstico, habría sido natural que echase mano de voces vulgares y chabacanas y de esas frases de excesiva llaneza que humillan el estilo; sin embargo, por regla general, los "Sentimientos" están libres de esta mancha, que afea hasta lo indecible obras místicas de tanta fama como el "Tratado del Amor de Dios", del célebre Cristóbal de Fonseca, que ensalzaba Cervantes a par de los maravillosos "Diálogos" de León Hebreo.

Los manuscritos de la Madre Castillo permanecieron inéditos en poder de las monjas de Santa Clara, hasta principios del siglo pasado. En 1816, Don Antonio María del Castillo y Alarcón, digno sobrino de Sor Francisca, deseando renovar esta gloria de su familia, sacó por sí mismo tres copias fieles del original autógrafo, una de las cuales presentó a la autoridad eclesiástica para su aprobación. Obtenida ésta, el Señor Castillo emprendió viaje a los Estados Unidos con objeto de hacer allí una edición de estas obras. Por cierto que el respetable historiador de la Revolución de Colombia, Don José Manuel Restrepo, escribe en sus "Memorias" (según referencia del Señor Marroquín) que encontró en la gran república norteamericana al Señor Castillo y que al conocer el motivo que lo había llevado a emprender este viaje —entonces tan largo y penoso— no pudo menos de admirarse de la sencillez de su buen compatriota que creía dignos de publicarse en el extranjero los escritos de una monja provinciana del siglo XVIII. No debe extrañarnos este concepto, pues el eminente hombre de estado no conocía escrito ninguno de la autora. El Señor Castillo publicó en Filadelfia la "Vida" en un tomito en octavo, de buen papel, pero de impresión poco correcta, como hecha en país de lengua extraña. Esta edición es ya muy rara. Hé aquí su descripción bibliográfica: "Vida de la V. M. Francisca Josefa de la Concepción, religiosa del Convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja en el Nuevo (sic) Reyno de Granada. Escrita por ella misma de orden de sus confesores. Dada a luz por Don Antonio María de Castillo y Alarcón. Impresa en Filadelfia por T. H. Palmer. Año de

1817", LIV, 285 páginas y un índice. En los preliminares se insertan once cartas espirituales dirigidas a la Madre Castillo por sus confesores, y una de Fray Diego de Moya a la Madre Francisca del Niño Jesús suplicándole hiciera publicar pronto el panegírico dirigido por él a la Madre Castillo. El editor, firme en su empeño de vulgarizar las obras de su parienta, no se arredró por el ningún provecho pecuniario que de la "Vida" obtuvo, y en 1843 publicó la mitad de los "Sentimientos Espirituales", esta vez con mayor corrección y pulcritud tipográfica. "Sentimientos Espirituales de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo, religiosa en el Convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja en la República Neogranadina del Sur-América (sic): Escritos por ella misma de orden de sus confesores. Dados a luz por su sobrino A. M. de C. y A. En Santafé de Bogotá. Impr. de Bruno Espinosa, por Benito Gaitán. Año de 1843". XVIII, 276 páginas y un índice. En 8º. El título de "Sentimientos Espirituales" fue puesto por el editor, porque el original no tenía ninguno. Los argumentos de los "Afectos" que componen la primera parte son obra del franciscano Fray Francisco Antonio Merchán, y las notas en que se indican los libros de la Escritura a que alude la Madre son fruto de la erudición bíblica del Doctor Miguel de Tobar. Pero el que preparó el manuscrito para esta edición cometió un grave error: dividió arbitrariamente los amplios períodos del original en párrafos cortos, no siempre bien distribuidos; y así apareció la autora usando un estilo cortado, más al modo francés que al español, y que de ninguna manera es el suyo. Se dio, además, al libro el título de "Sentimientos" en vez de "Afectos", que era el que le correspondía, pues así tituló ella los capítulos de su obra. Todo esto debe tenerlo en cuenta el futuro editor de las obras de la Madre Castillo, publicación que está demandando desde hace tiempos el buen nombre de las letras colombianas.

El grande Arzobispo Mosquera aprobó el libro en términos muy lisonjeros, y el Doctor Miguel de Tobar consignó en su ya citada carta su admiración por el mérito de la autora. Con esto y todo, el libro quedó en olvido, hasta que el diligente y entusiasta Vergara y Vergara proclamó a la Madre Castillo "el más notable de nuestros escritores", frase que atrajo la atención de Amador de los Ríos en un artículo que escribió sobre la "Historia" de Vergara. Posteriormente el Señor Groot dedicó a nuestra autora algunas páginas de elogio. En 1890, Monseñor Rafael María Carrasquilla —alto honor de nuestro clero—, llamado a ocupar un sillón en la Academia Colombiana, correspondiente de la Española, dedicó su discurso de entrada a hacer el elogio de la Madre Castillo; y esta oración, modelo de elocuencia, es el estudio más completo que hasta hoy existe sobre el asunto. En su discurso de contestación, apuntó Don José Manuel Marroquín importantes consideraciones sobre el mismo tema, y examinó los escasos versos de la Madre. En España, Sor Francisca es totalmente desconocida, y sólo Menéndez y Pelayo, que todo lo supo, hizo de ella un juicio que por ser de quien es, vale por muchos. En su discurso académico sobre la poesía mística, después de elogiar a varias poetisas del siglo XVIII, agrega: "Con estas monjas coexistió y debe compartir el lauro la americana Sor Francisca Josefa de la Concepción, de Tunja en Nueva Granada, que escribió en

prosa digna de Santa Teresa, un libro de Afectos Espirituales, con versos intercalados, no tan buenos como la prosa, pero en todo de la antigua escuela”.

El Señor Marroquín observa que la Madre Castillo, tan pulcra escritora en prosa, suele mostrarse conceptista en algunos de sus versos intercalados, no tan buenos como la prosa, pero en todo de la antecelladora de dicha escuela, muy especialmente en el campo poético. Sin embargo, los dos romances intercalados en los “Sentimientos Espirituales”, son, probablemente, sobre todo el primero, lo mejor de nuestro parnaso colonial, sin que sean obras maestras.

Cuatro escritores de primer orden produjo la América española durante la dominación peninsular. México se lleva la palma, pues se enorgullece, en primer término, con la gloria de Don Juan Ruiz de Alarcón, el gran dramaturgo del siglo de oro, que tiene importancia en la historia general del teatro, como inspirador de Corneille para la primera comedia de carácter que tuvo el teatro francés, según confesión de Voltaire. En segundo término, tiene México a Sor Juana Inés de la Cruz, la cual, no obstante haber florecido en época de corrupción literaria, hasta el punto de que la colección de sus poesías lleva el extraño título de “Inundación Castálida”, escribió versos magníficos, ya místicos, ya profanos, que la acreditan como una de las grandes poetisas de la lengua castellana. El tercer lugar lo reclama el Perú, para el inca Garcilaso de la Vega, prosista clásico, traductor de los “Diálogos” de León Hebreo y autor de los “Comentarios Reales”, libro famoso, que esparció por el mundo una idea, más o menos novelada, de lo que fue el imperio de los Incas. El cuarto sitio le corresponde a la Madre Castillo, mucho menos conocida que los anteriores, como fue menos conocido el Nuevo Reino que los Virreinos de México y el Perú, pero que tiene títulos suficientes para figurar con honor entre los grandes cultivadores del género místico, que es “medio entre ciencia e inteligencia, entre fe y ciencia”, según la sintética fórmula del iluminado Doctor Ramón Lull.